



Valparaíso

La bahía de noche

LOS FANTASMAS DE LA BAHIA

Lacerda

Por

Ricardo VALENZUELA

Cuando murió su mujer, Lacerda sintió que su espíritu se derrumbaba como una pared de ladrillos.

Durante meses arrastró un luto abrumador, de ojeras y enflaquecimiento. Pasó por una terrible época en que creyó que la pérdida de ciertos afectos quita al hombre toda razón de vivir.

Deshizo su casa y deambuló de hotel en hotel. Había amado entrañablemente a Cristina, melancólica y enfermiza desde que la conoció. Presintiendo que ella no duraría, quiso que le dejara una hija... Esto apresuró el deceso. La niña o el niño no alcanzó a nacer.

Desde entonces databa el peregrinaje sentimental de Lacerda a través de bares y hoteles modestos. Hasta que la congoja hizo crisis. Entonces...

Una noche cualquiera, Lacerda, en vez de volver como de costumbre a su pieza solitaria, tomó otra dirección y penetró en el recinto de los muelles.

Caminó lentamente a la orilla del agua, sintiendo como ésta acariciaba el muro de piedra y arrancaba chillidos a las boyas, estirando y aflojando los cables. La noche era tranquila, con el cielo profundo y estrellado.

Dejó atrás las siluetas de los ensimismados pescadores, sentados con las piernas colgantes en el malecón, rodeados de sardinillas y peces que agonizaban en el pavimento; quedaron atrás las luces de los últimos faroles suspendidos sobre los hacinamientos de mercancías hasta que penetró en la zona más oscura, apenas alumbrada por el resplandor de la ciudad, entre cuyos brazos dormita la bahía.

Sólo entonces se detuvo.

Se deleitó en el silencio. Atisbó entre unos cajones de automóviles por si alguien le seguía... Después miró hacia abajo, hacia el agua oscura, pesada de petróleo, que manchaba el muro hasta el nivel de la alta marea. La idea de sumergirse en aquella agua sucia, viscosa, lo hizo respirar profundamente. Permaneció un rato contemplándola.

Pensaba en su mujer... La veía... Ella lo aguardaba por ahí, en algún lugar entre las sombras, de pie, callada, un poco esfumada en la obscuridad nocturna. Parecía flotar en una atmósfera de sopor y silencio.

Experimentó un doloroso alivio.

Ya no le importaba el agua sucia de petróleo, en cuya espesura flotaban maderos grasientos y desperdicios.

Se quitó lentamente el vestón y lo puso en el suelo, doblado, cuidadosamente, como lo hacía siempre. Colocó encima su sombrero.

El agua sugería ahora una blandura obsesionante.

—“¡Cristina! ¡Cristina!”.

Llegó hasta el borde mismo del malecón, susurrando el nombre de su mujer muerta.

—¡Eh! ¡Alláaa!

La voz surgió de repente desde la cima de un montón de fardos de algodón. En seguida se oyó una carrera precipitada... Después otras voces y el chapoteo atolondrado de unos remos en la penumbra.

Quedó paralizado.

—¡Eh, usted! ¡No se arroje al agua! ¡Ya no es necesario!

Levantó la vista asombrado. No se veía a nadie. Pero algo anormal acontecía a su alrededor. Miró en todas direcciones. Aguzó los oídos.

La misma voz insistió:

—¡No hay necesidad de arrojarse al agua! ¡Ya la recogieron los hombres del bote!

Lacerda sintió frío. Se palpó en mangas de camisa. Cruzó los brazos restregándose los bíceps. Se sorprendió con la boca abierta.

—¡Eh, usted! ¡No se quede ahí parado! ¡Venga!... ¡Por aquí!

Descubrió al que le llamaba. Era un guardia. Un hombre gordo, metido en un capote, que caminaba con mucho esfuerzo sobre los fardos de algodón, muchos de ellos despanzurrados, hundiendo las piernas, encorvado, como los que marchan con la nieve hasta las rodillas en penosa ascensión.

Otro hombre, provisto de una linterna, acortaba camino, corriendo y saltando por encima de los cajones. También lo invitaba a seguirlo.

Lacerda se agachó y recogió sus prendas. Ya no pensaba. La alarma, los gritos, lo dejaron en un vacío. Se puso el vestón, el sombrero y caminó como un sonámbulo en la dirección que le indicaban.

El bote se acercó pausadamente al muelle. Era un bongo “camaronero” de los que pasan hasta el alba rastreando junto a la orilla jaibas y pequeños camarones con gusto a cieno. Lo tripulaban dos hombres. Tres o cuatro canastillos de red, colgaban de largas pértigas en la proa.

El guardia lo enfocó con la linterna.

Algo pesado, mojado, viscoso, un bulto, yacía entre los dos hombres en el fondo del bote.

Izaron el cadáver con una cuerda, procurando que no se

golpeará contra el muro del muelle... Con todo, dos o tres veces la cabeza dio contra el bastión de piedra, causando un ruido seco.

Unos cientos de rojos camarones flotaban en la cala del bongo sobre tres o cuatro pulgadas de agua sucia y pestilente. Quedaron aplastados por el cuerpo de la ahogada.

Tendieron a la mujer sobre los adoquines. Debía tener veinticinco o treinta años. Los vestidos mojados ceñían impudicamente las formas. El rostro y las manos, las piernas y los brazos estaban cubiertos de petróleo. En algunas partes se veía como la piel lustrosa de los negros.

Los guardias, con sus linternas eléctricas, formaron círculo alrededor del cadáver mientras en el suelo comenzó a dibujarse una mancha de agua donde se reflejaba la luz.

Todos aquellos hombres habían surgido repentinamente desde alguna parte. De las garitas y galpones de la orilla, delante de los cuales arde siempre un tacho repleto de carbón de piedra.

Lacerda también se acercó al grupo.

El venía del borde de la muerte...

Los hombres hablaban entre sí:

—“Debió arrojar desde el extremo del Molo...”.

—“No sé, no vi nada, hace un cuarto de hora hice mi ronda por esos lugares...”.

—“Sí, está muerta... No hay dudas. Voy a telefonar a la policía...”.

Un tren de carga y una grúa a vapor maniobraban a unos cien metros, iluminados por los focos de un buque atracado, descargando. Se oían los golpes secos de los vagones; el traqueteo de la grúa que movía su enorme brazo echando chispas por la chimenea.

—“¿Qué? ... ¿Qué ha sucedido?”.

—“Una mujer... ahí en el agua... Se suicidó. Necesitamos la policía...”.

El teléfono estaba ahí cerca, en una casucha de madera mal alumbrada, sobre una mesa donde un hombre removía papeles de embarque.

—“¿Ya la han sacado? ... ¿Es ese bulto que se ve ahí?”.

El hombre abandonó todo y se puso a buscar el número de la policía en una guía grasienta. Daba vueltas las hojas, nervioso...

—“¿Sucedió recién? ... ¡Yo no he sentido ningún disparo!

El guardia lo apartó:

—“Déjame a mí”.

Indicó el hecho y comunicó el lugar. Del otro extremo del hilo le respondía una voz soñolienta y tranquila:

—“Sí... Irán en seguida. Pediremos un carro... Muy bien”.

Uno de los rondines reparó en Lacerda que contemplaba absorto el cuerpo de la mujer.

—El señor iba a arrojarla al agua para salvarla— declaró apuntándolo con un ademán—. Pero yo le grité que no lo hiciera, ¿verdad, señor?

Era el gordo que marchaba penosamente sobre los fardos de algodón; aun tenía la voz entrecortada, como si hubiese hecho una ascensión a los Andes.

Le alumbró la cara con su linterna.

Lacerda estaba pálido. Transpiraba copiosamente.

—Sí, sí... Yo estaba en la orilla— musitó apenas.

Parecía ausente... No comprendía aun qué relación podía existir entre él y aquella mujer muerta de cuyas ropas seguía desprendiéndose esa agua opaca formando una mancha que se agrandaba más y más en el suelo.

Trató de pensar. Sí. No era Cristina, desde luego. Ella había muerto mucho antes y a estas horas se encontraría allá arriba, quizá mirándole, entre las lejanas estrellas. Pero podía tener su edad y su cuerpo...

El pescador que izó el cadáver a bordo del bongo se limpiaba con un pedazo de huaípe el petróleo que le cubría el antebrazo hasta el codo. Permanecía en silencio, contemplando el fino cuerpo como compadecido de verlo cubierto de tristeza y miseria. Recordaba otros cadáveres de mujeres que había rescatado del agua, hinchados, amaratados, grotescos en su desnudez y en sus formas. El de ésta no presentaba nada de eso. Parecía mas bien el de una muchacha que hubiera dormido dulcemente en el agua. Sólo el petróleo, el inmundo petróleo que botaban los buques y que la brisa acumulaba en la orilla, profanaba su rostro y su larga cabellera que debió ser hermosa, extendida en el pavimento, donde había mugre y estiércol.

—Vendrá el carro de la morgue— anunció el guardia que regresaba de hablar por teléfono—. Le avisaron al juez y autorizó para levantar el cadáver.

Hablaba con naturalidad. Tenía experiencia en esta clase de sucesos. Continuamente se arrojaban personas al mar en la zona portuaria. Hombres, mujeres, gente desesperada... Y por lo general la escena era siempre la misma. A veces, cuando el hallazgo presentaba visos de crimen, venían funcionarios judiciales y de la policía. Examinaban el cuerpo inerte y mojado, registraban sus ropas, tomaban notas. De repente estallaba el fogonazo del reportero de un diario... Dos veces el guardia había aparecido en estas fotografías, con los demás, mirando al muerto tendido a los pies de los espectadores, y por la mañana, en el vecindario lo habían acosado a preguntas. Y hasta su mujer cobraba importancia cuando se encontraba con las otras en la verduería...

—Espero— agregó— que ya habrán compuesto el camión... Noches pasadas enviaron un carretón con caballos, forrado de latón, como los del matadero... Los caballos dejaron inmundo el piso.

Lacerda sintió un escalofrío.

También a él, esta noche, le habrían podido conducir en ese carro... Alguna vez lo había visto, accidentalmente, por estos lugares... Un hombre que trabajaba a bordo resbaló y cayó a la bodega de un buque... Le pareció sentir, como entonces, el rechinar de las ruedas y las pisadas de los caballos en los adoquines... El cochero, indiferente y mísero, pidiendo un cigarrillo a los guardias mientras metían el cuerpo que caía sordamente al interior del carro.

—¿Qué hora es?— preguntó el pescador de camarones.

Su compañero permanecía abajo, en el bongo, tranquilo, silencioso, fumando. ¿A qué subir? Además, los muchachos vagabundos aprovechaban cualquier circunstancia y venían a robar los camarones.

—Medianoche— respondió alguien, consultando un grueso reloj de bolsillo.

Era el oficinista de la casucha del teléfono. Dejó todo, cerró con candado y aquí estaba ahora formando parte del grupo.

—“Ah, no se había disparado ningún tiro... Se arrojó al agua... Sí, sí... se ve”.

—¿Habrás que ir a la policía?— inquirió el que había iza- do el cuerpo a tierra.

—No. Aquí mismo tomarán la declaración.

Lacerda sintió miedo.

Se apartó del cadáver de la desconocida de cuyas ropas seguía estilando y extendiéndose el agua hasta esbozar un gran mapa en el pavimento.

—Buenas noches— murmuró alejándose tímidamente del grupo.

No le oyeron.

Y él, con las manos en los bolsillos, un poco encorvado, despacio regresó hacia la luz.

